

Iago de la Campa

Me voy porque
te quiero

la esfera  de los libros

Capítulo 1

Nico se levantó un poco la camisa hawaiana que llevaba puesta para que corriera un poco de aire por su torso. Estaba empapado en sudor ya que era el segundo vuelo que cogía aquel día, y arrastraba la humedad y el calor de Barcelona.

Siempre dejas todo a medias, ahora coges y te vas como tu solución para todo. Cuando las cosas se ponen serias, huyes; cuando las cosas te van bien, te acojonas y te boicoteas; cuando tienes que estar siempre, escapas. No has afrontado nada de cara en tu vida. Y estoy harta. Solo tenías que ser valiente, joder.

Leyó el whatsapp en su móvil cuando lo sacó de su bolsillo para mirar la hora. Esperaba el mensaje de Clara, su ya expareja. Aunque nunca supo muy bien lo que eran.

Sabía que sería un mensaje para abroncarlo y echarle en cara su forma de hacer las cosas.

Unos meses atrás habían fichado a su banda para editarles un par de singles, gracias a un tema que habían sacado el verano pasado y se había convertido en un éxito, con una buena promoción y visibilidad en redes sociales. Meses de trabajo, eligiendo las canciones, puliendo los temas, produciéndolos, y cuando tenían los dos que habían seleccionado, se echó para atrás, provocó discusiones con Alex y Mario, sus amigos, y otros componentes del grupo, y dejó todo de lado. Cuando quería irse de algo, siempre buscaba un conflicto. Cuando estaba mal con alguna chica, siempre propiciaba que lo dejara ella a él, no comportándose como debía, pasando de ella, haciéndole feos. No era algo que él hiciera de forma premeditada, simplemente le salía solo, él era así. No podía controlarlo. Sentía que era mucho más fácil cuando los demás tomaban las decisiones por él, y él solo las tomaba cuando ya no tenía más remedio, ni más elección.

Esperaba el mensaje, y quería recibirlo, pero a la vez no quería leer lo de siempre. La mierda de manera que tenía de comportarse, y otra persona más a la que había decepcionado. Porque decepcionarse a sí mismo podía afrontarlo perfectamente, llevaba toda la vida haciéndolo. Pero Clara lo había estado apoyando en todo el proceso, aguantando sus bloqueos y sus enfados porque no le salieran las cosas. Y demás tonterías varias por no saber gestionar ni sus emociones, ni sus sentimientos.

Clara era enfermera, cuidar a la gente era lo suyo, y encariñarse con los desastres también. A Nico le dolía mucho no haber estado a la altura con esta chica, porque, aunque quizá él no estaba en el mismo escalón de la relación que ella, se había repetido con insistencia que esta vez iba a hacerlo diferente. «No fallar a quien no te falla», se decía y escribía en una de sus canciones, y de nuevo había vuelto a incumplir sus propias promesas.

No sabía ni qué contestar. Acababa de aterrizar en Ibiza. Su mejor amiga, Cat, le había dicho dos días antes que se fuera unos días con ella, cuando Nico la llamó desesperado en uno de sus ataques de pánico. Se le habían acumulado otra vez mil cosas dentro y no había podido gestionarlas; en los últimos años le había pasado unas cuantas veces en momentos de mucho agobio, pero no de mucho trabajo. Si estaba entretenido haciendo, viviendo, trabajando, no le pasaba. Los momentos malos llegaban cuando tenía tiempo para pararse a pensar, para replantearse todo mil veces. Ahí era cuando su cabeza empezaba a jugar en su contra, y de nuevo daba comienzo el ciclo autodestructivo con todo lo que había avanzado meses atrás.

—Te echaba de menos —le dijo Cat con un abrazo cuando se abalanzó sobre él justo al salir por la puerta del aeropuerto. Cat lo estaba esperando con una Red Vintage en la mano y una sonrisa inmensa, era la única persona que sabía lo que necesitaba y cuándo lo necesitaba. Quizás la única persona con la que Nico se encontraba a gusto hablando de lo que sentía. Solo dejaba salir esas cosas que

le presionaban el pecho los momentos más duros con ella, y en sus canciones—. Sabía que la ibas a necesitar nada más bajar.

Le tendió la cerveza, y le hizo un gesto con el brazo para que lo siguiera a su FIAT 500, que estaba mal aparcado justo detrás de las letras en las que ponía IBIZA en el exterior del aeropuerto.

—Soy un jodido desastre —dijo Nico con un hilo de voz, como disculpándose por las molestias y sobre todo por el drama que su amiga iba a tener que aguantar y lidiar con él esos días. De eso estaba seguro.

—Eres mi desastre favorito.

Cat llevaba un par de años trabajando en la isla. Había estudiado turismo con otra carrera más que Nico no recordaba exactamente. Siempre dudaba si era ADE o empresariales. Sonaba la Muy Buena en la radio del coche de Cat cuando se pusieron rumbo a su casa. «Hawái», de Maluma; «Sexy sensual», de Tito el Bambino, canciones que coreaban los dos amigos como si no hiciera meses que no se veían.

—Pero esta emisora, ¿qué es? ¡Solo pone temazos! —exclamó Nico con una sonrisa y ya con más fuerza en la voz que en su reencuentro, mientras ella se reía.

Cat no le preguntó nada en el rato que estuvieron en el coche. Simplemente hablaba de los planes que iban a hacer: un par de fiestas con sus amigos, excursiones a calitas y en barco, ir a ver la puesta de sol a Es Vedrà... Sabía que si le hablaba de otras cosas quizás su amigo se agobiaría y

se encerraría en sí mismo; le tenía el pulso cogido, tenía que dejar que fuera él el que se lo dijera, que fuera poco a poco soltando. Eran más años juntos que los que habían vivido sin conocerse el uno al otro.

—¿Te apetecen entonces estos planes? Si prefieres algo en particular, dime, ¿eh? Ya sabes que yo estoy de vacaciones. Tengo el modo disfrutona activado ya.

—Sí, sí. Todo lo que has dicho suena genial. Quiero liarme, necesito salir y despejarme. Estoy cansado de pensar y sabes que para eso solo hay una solución.

Se miraron a la vez y gritaron los dos.

—¡ALCOHOL!

Llegaron a Es Vedrà a ver la puesta de sol, aunque por allí todos lo llamaban el «Sunset». A Nico le parecía demasiado postureo denominarlo así, pero estaba en Ibiza, imaginaba que aquella sería la cuna del postureo. Como a todos, a él también le gustaba un poco; subir esa foto en Instagram cuando quiere que alguien le hable, por ejemplo, eso le parecía normal. Ya tenía pensadas además algunas fotitos en el mar para que le mandaran fueguitos, aunque ahora en su lugar ponían el cien por cien; parecía que los fueguitos como reacción ya estaban un poco pasados de moda y resultaban un poco vulgares.

Estaba mal con Clara, ni siquiera estaba ya con ella, y tenía que distraerse, conocer a alguien más porque esa sensación de sentirse solo le estaba empezando a acechar. Nico tenía muchísimo miedo a la soledad; cuando estaba soltero, muchas veces quedaba con gente por el simple hecho de

llenar sus días, de intentar buscar su siguiente pareja para que lo acompañara, dependía de la compañía, y eso, a menudo, le hacía sentirse frágil y mal. Había ocasiones en que se descubría a sí mismo ligando o tonteando con alguna chica alguna noche, aunque tuviera pareja, le gustaba el juego, le gustaba gustar.

Habían quedado con unos amigos de Cat, y ella se los fue presentando. Muchos trabajaban o habían trabajado con ella en los diferentes hoteles en los que había estado esos años, otros eran amigos de amigos que fue conociendo poco a poco.

En Ibiza, todo el mundo era de fuera. Por eso pasaba igual que en las ciudades grandes, la gente acababa haciendo piña y creando una especie de familia con la gente de su entorno, con sus compis de piso, con sus compis de trabajo, y estaban mucho más abiertos a conocer a alguien que en una ciudad pequeña. Podías tener un amigo allí, pero al resto de la gente la conocías en diferentes circunstancias.

—¿Y qué? ¿Vienes de vacaciones? —Se interesó uno de los amigos de los amigos de Cat del que no se acordaba del nombre.

A Nico le pasaba algo con los nombres de las personas o incluso con ellas: no los recordaba. Quizás le sucedía desde hacía relativamente poco, desde que empezaron a tener cierto éxito con los bolos que daba su banda y luego se quedaban a firmar y a conocer a la gente que los había ido a ver. Hicieron muchas ciudades en muy poquitos meses aprovechando el tirón que les había dado su tema «Mi morena». Era una

canción superpegadiza y veraniega, y habían tenido la suerte de que se hizo en viral por redes sociales y sobre todo en TikTok. No era hiperfamoso, él no se sentía así, pero sí que lo conocía mucha más gente que antes. Él estaba acostumbrado con su banda a tocar un poquito más de pop rock, incluso como si fuera un cantautor con banda, pero justo habían dado el salto con la canción más desenfadada y menos profunda de todas. A veces le daba rabia pensar que había puesto mucho más sentimiento en muchas otras canciones y que fuera justo esa la que los hiciera saltar a la «fama». Había empezado subiendo *covers* de canciones a YouTube y sus primeros temas también los subió a la plataforma. Todo en su carrera se lo debía a internet.

—Sí, vengo unos días, en principio a desconectar. Llevaba sin hacer nada y agobiado gran parte del verano y tenía muchas ganas de ver a esta. —Señaló a Cat que se giraba para unirse a la conversación.

—No sé si sabes que Nico es famoso. La canción que no parábamos de cantar el año pasado que la ponían en todas las discotecas, la de «Mi morena», es suya.

—Ah, la de «Mi morena quiere playa, na na na...», esa, ¿no?

—Sí, esa misma. Dice que no, pero yo sé que me la escribió a mí. Porque soy su morena, quiero playa, mojitos y cubatas, y soy la más gata.

Le cogió Cat la cara y le dio un besito en la mejilla. Ella siempre había estado para él, y sentía que era la mejor. Para él, ella era el significado del estribillo de «Wonderwall». Cat

era la que lo salvaba, la que le ponía a ver las situaciones con perspectiva para que ese pesimismo suyo no lo embarrara todo.

—Mola, pues aquí creo que tienen un par de guitarras en el coche. Luego, como vamos todos a la villa, pues, si te apetece tocarnos algo, sería la hostia.

—Claro, yo con un par de copas canto cualquier cosa.

Nico estaba agradecido con el ofrecimiento. Además de que le gustaba mucho ir a cualquier fiesta y que pudiera tocar y que la gente se supiera las canciones; le daba pie para hablar con los demás y se animaba con esa sensación de causar intriga en el resto de las personas y que lo quisieran conocer. Que le preguntaran cómo surgían sus ideas, a quién le dedicaba las canciones... aunque siempre acababa diciendo lo mismo. Cuantas veces acabamos dando las mismas respuestas simplemente por vagancia, por pensar que los demás no quieren que nos explayemos, que quieren la respuesta corta y ya está. Y qué difícil resulta encontrar a aquellos que tienen interés en lo que decimos y con los que tener ganas de abrirse y contar. A veces echaba de menos esa sensación de poder hacerlo con cualquiera; desde que dieron el pelotazo, las conversaciones y las respuestas eran bastante artificiales y las preguntas siempre las mismas.

—¿Qué, gato? ¿Preparado para el jaleo de esta noche? —le susurró Cat mientras lo acompañaba a coger un buen sitio para ver la puesta de sol para la que quedaba muy poquito tiempo.

—Ya sabes que sí.

Llegó un grupo de cinco amigas de Cat, cuando estaba casi a punto de ponerse el sol. Se disculparon superrápido por llegar justitas de tiempo. Nico se quedó un segundo embobado mirando a una de ellas. Estaba justo donde caían los últimos rayos de sol y le doraban la piel de un color especial. Era morena, y tenía unos cuantos tatuajes que no podía descifrar bien porque no tenía las gafas puestas y era bastante miope. Llevaba un casco negro en la mano, una falda negra larga y unas botas que le hizo pensar si no estaría pasando demasiado calor con ellas. Un top blanco que le hacía resaltar su piel morena y alguno de sus tatuajes y una melena que le hizo recordar el «en tu pelo tallado el verano», de Andrés Suárez en «Benijo».

Ella lo miró. Amanda tenía una mirada letal, un lunar encima del labio que le daba muchísima personalidad, y muchas ganas de pasárselo bien. Acababa de llegar hacía unos días a Ibiza de vacaciones. Era amiga de María, una de las amigas de Cat, y se quedaba en su casa. Era periodista, y le encantaba escribir. Tenía mucho ojo para fijarse en todos los detalles, y se solía sentir siempre cómoda en cualquier situación. Amanda vio a Nico en cuanto llegó, lo reconoció. Y no por su tema de «Mi morena»; ella lo seguía de antes, años atrás se lo había encontrado haciendo *covers* de canciones que a ella le gustaban un montón en YouTube. Y se había aficionado a ver los vídeos que subía. Vio sus primeros temas propios, lo seguía en Instagram y alguna vez había intercambiado algún mensaje con él, pero

de estos de «Me ha gustado mucho, sigue así» y su respuesta de «Gracias, reina», que probablemente la tendría acuñada para responderla a todas igual. Le sorprendió verlo ahí, mirándola fijamente, y ella estaba haciendo lo mismo con él como si hubiera una conexión, como si él también la reconociera a ella. Le estaba dando un poco el sol en la cara y se giró para susurrarle a su amiga.

—¿El chico que está con Cat se llama Nico, por casualidad?

Ella conocía a Cat desde hacía unos cuantos meses. Las presentaron en otra ocasión en un viaje exprés que había hecho Amanda por el cumple de María e hicieron buenas migas. En un momento de la noche memorable empezaron a beber mano a mano, y se hicieron «superamigas» de borrachera.

—Sí, es el que canta. Me dijo el otro día que venía a pasar unos días con ella. ¿Por?

—No, por nada, me sorprendió porque lo seguía.

—No es feo, ¿eh?

—Jajaja. No sé yo si estoy para esos temas.

—Te he visto la mirada, la que es cazadora nunca deja de serlo.

María y ella eran amigas desde pequeñas, y sabía que, aunque Amanda acababa de salir de una relación bastante tóxica no hacía demasiado tiempo, le había gustado Nico. No era normal que ella se quedara mirando así a alguien que no conocía, por mucho que lo siguiera. Sabía que Amanda, por su trabajo, conocía a muchos famosos, y muchos le

habían intentado tirar la caña en muchas ocasiones y ella no cedía nunca. Por eso, le dio la sensación de que este había sido un momento especial, un momento diferente.

—Jajaja. Déjame anda.

Nico vio cómo la chica morena y María, a la que conocía por las fotos del Insta de Cat, estaban susurrando algo después del cruce de miradas. Se puso nervioso. Se rieron y sintió de repente una inseguridad enorme por si se estaban riendo de él. No podía explicarlo, se sentía vulnerable, como si esa mirada lo hubiera desarmado. Pero se armó de valor y le preguntó a Cat.

—Gata, ¿quién es la amiga de María?

—Es Amanda, la conocí en el cumple de María, es muy guay, la verdad. Ven, que te la presento.

Le cogió de la mano, y empezó a ponerse más nervioso de lo que estaba. Cat con esas cosas nunca dudaba, era la más echada para adelante del mundo. Le gustaba un poquito poner en aprietos a Nico, porque sabía que muchas veces le faltaba un empujón para atreverse a hacer las cosas y ella le intentaba sacar de su zona de confort para que se atreviera, aunque tuviera que obligarlo.

—Holaaa, niñas. ¡Qué guapas que estáis! Bueno, Nico, estás son María y Amanda.

Así de fácil lo hacía Cat, primero saludó a María, y luego se quedó mirando a los ojos un momento a Amanda y se acercó torpemente a darle dos besos. Se tropezó un poco porque su cerebro hizo un poco de cortocircuito y ahora mismo se estaba odiando a sí mismo.

—Uy. Cuidado —se rio Amanda, cuando tuvo que sujetarlo un poco por el pequeño tropiezo de Nico. Se dieron los dos besos pertinentes, y Nico se quedó un momento callado mientras las tres chicas hablaban animadas—. ¿Y qué? ¿Qué vienes a buscar a Ibiza? —le preguntó, clavando en él sus ojos marrones.

Solo se le ocurrió una frase para esa pregunta: «A ti», pero no podía responderle eso. ¿Cómo iba a hacer semejante cosa con una desconocida? Quedaría como un flipado, y eso igual le hubiera funcionado con alguna *grupi* estando los dos borrachos, pero era impensable.

—A ti. —Se le cortocircuitó el cerebro. Y fue lo único que pudo salir de su boca.

Capítulo 2

Nico tuvo dos segundos en los que pensaba que se le escapaba la vida en cada respiración. ¿Cómo podía haberle saltado eso? Él podía ser atrevido a veces, casi siempre borracho y sobre todo si estaba cómodo y sabía que le iban a seguir el rollo, todo lo contrario a esa situación. Amanda rompió a reír y empezó a relajarse.

—¿A cuántas le has dicho eso hoy?

—Ahora te lo estoy diciendo a ti.

Tenía que seguir para adelante, ya no tenía vuelta atrás. Amanda se había reído, parecía que no se lo había tomado mal, tenía que continuar por esa vía.

—Y más tarde a cualquier otra. Jajaja. No eres listo ni nada. A ver si me lo vuelves a decir antes de que te vayas.

—Seguro que sí.

Amanda se sentía cómoda, estaba acostumbrada a tratar con chicos así, que se creían que se iban a comer el mundo,

que iban de machitos y pensaban que por ser atrevidos iba a caer cualquier chica a sus pies. Los sabía manejar, sabía cómo hablarles, cómo jugarles.

Los cuatro se unieron al grupo y Amanda se puso en un lado y Nico en otro. Estuvieron un rato organizando para ir hasta la villa: qué alcohol llevaba cada uno, lo que había ya en la casa... Comentaban que la comida ya la tenían allí y que iban a hacer una barbacoa. A Nico le parecía un planazo y la verdad era que solo buscaba excusas para volver a acercarse a Amanda y charlar un rato con ella.

Ya en la casa, todo apuntaba a que iba a ser una buena fiesta. Mucha gente, y toda con ganas de conocer y hablar con los demás. Se sentaron uno enfrente del otro, a una distancia prudencial, como si necesitaran en esos momentos una separación de seguridad para que esa atracción que ambos sentían no los aplastara. Debían de estar a unos cuatro metros de distancia, hablaban con los otros invitados a la fiesta, pero aun así no se sacaban el ojo de encima el uno del otro y estaban pendientes.

Acababa de tocar un chico «Niña voladora», de Juanito Makandé y le pasaron la guitarra a Nico.

—Toca «Mi morena». —Se lo había dicho Amanda, mirándolo mientras sostenía el cubata en la mano a medio beber, y con las piernas cruzadas.

—Sí, eso. Toca el hit. —Se escuchó en tono de broma, pero Nico no se lo tomó a mal. Sabía que esto era así, que tenía canciones que a él le parecían mucho más serias, pero

justo la más fiestera era la que le había dado cierta familia, y la prueba era esa, que estaba en una casa con desconocidos y se la sabían.

Estaba un poco frío cuando empezó, pero con la segunda vuelta del estribillo que era como empezaba la canción ya se relajó y empezó a soltarlo todo.

Mi morena quiere playa.

Dice que es una gata.

Mojitos y cubatas.

Bailándome bachata.

En el estribillo había varias partes para que la gente la cantara en las discotecas y en los conciertos. Había pequeños corillos, después de gata siempre sonaba por abajo unos «miau, miau, miau» que la gente de la fiesta hizo a la perfección entre risas. Lo mismo hicieron con bachata, que acababa en un ba-cha-ta-ta. Y en un momento tenían una fiesta montada importante. Siguió hasta el final con la canción, incluso callándose en alguna parte para que la cantaran los demás y, para su sorpresa, continuaron hasta con las estrofas.

Dice que no la vas a encontrar en nadie,

está ocupada siendo feliz ya es tarde.

Ni borracha se olvida el camino de vuelta a casa,

que no lo pienses, que si no no pasa.

*Ella no quiere vivir con miedo,
solo meterse en otro enredo,
ella quiere pasárselo de miedo,
tardeo con amigas y no perder el tiempo.*

La próxima cerveza contigo.

Mi morena quiere playa.

Dice que es una gata.

Mojitos y cubatas.

Bailándome bachata.

Hizo dos veces el estribillo final, para acabar arriba, entre gritos y con un «Ya está» cuando cantó el último «bachata».

Amanda se lo había pasado genial, por supuesto no era su canción favorita de él, incluso le tenía un poco de manía por haberla oído tantísimas veces el verano pasado. A ella le gustaba quemar las canciones que le gustaban, escucharlas hasta la saciedad, en bucle. Y aunque «Mi morena» no era la que más le gustaba, era muy pegadiza y sí que la había tenido bastante en modo repetición. También la habían pinchado mucho en todos los pubs de Mallorca, que era de donde ella era y trabajaba de periodista.

La guitarra fue rulando como si de un porro se tratara. Parecía que todos sabían o tenían mínima idea de tocar y de cantar. Canciones de Marea, Mago de Oz, Andrés Suárez, Sabina, Quique González... ahí se tocaba de todo. Eso le estaba dando una variedad muy buena a la fiesta,

en la que a los que les apetecía cantar se acercaban y los que no se alejaban un poco a otro rincón donde había otra música.

—¿Me echas de menos? —le soltó Amanda a Nico en un momento de la noche. No demasiado alto, pero sí tan alto como para que él lo escuchara, y algunos de los que estaban a su alrededor. Pero entre el ritmo importante de copas que llevaban y que cada uno estaba a su rollo, no estaban para enterarse demasiado del resto. Eran esos momentos de una noche en que los grupos se van reduciendo al mínimo porque no se tiene la atención suficiente para mantener una conversación entre muchas personas.

—¿Por qué lo dices?

—No sé, no dejas de mirarme. Si quieres puedes acercarte y sentarte conmigo. ¿No habías venido a Ibiza a buscarme a mí?

Los dos estaban bastante entonados. No estaban en un momento crítico del pedo, pero sí lo suficientemente borrachos para decirse cosas que quizás mañana no iban a recordar, pero que necesitaban soltarlas en ese momento.

—Voy, si quieres que vaya. ¿Me lo estás pidiendo?

Empezaba un pulsito entre los dos. Querían juntarse y hablar, pero ninguno de ellos quería ceder.

—Venga, dale, superestrella.

—Voy, pesada.

Nico se levantó y se sentó a su lado. Rozando rodilla con rodilla, mientras apuraban el penúltimo trago del cubata que tenían entre manos. Nico le preguntó a Amanda de

dónde era, dónde trabajaba, y todas esas banalidades por las que nos interesamos cuando no sabemos muy bien de qué hablar, pero no quieres dejar de conocer a esa persona. Sentía que quería indagar más sobre ella, tener conversaciones de verdad y profundas con ella, pero eso no se podía forzar, tenía que salir. Se habían conocido hacía horas y aunque hacía tiempo que no se había sentido así con nadie, con esas ganas por querer saber, era la manera en la que se podía hacer. Llevaba todo el día sin pensar en Clara. Llevaba todo el día sin mirar el móvil, sin pensar en nada de fuera, como si todo hubiera empezado en cuanto llegó a Ibiza, o más bien en cuanto apareció Amanda en Es Vedrà.

—Nico, canta algo de Pereza. Porfi —gritó Cat, ya superafónica. Siempre que bebía y lo pasaba bien, se quedaba afónica, solía ser más tirando a la mañana siguiente, pero parecía que esa noche estaba siendo dura y larga y ya había perdido el treinta por ciento de su voz.

—¿Pero algo de Pereza, de Leiva, o de Rubén?

—Algo de Pereza, joder. Las míticas.

—Es que, a ver, para mí Pereza ya sabes que son las canciones de Leiva con el grupo.

—Qué gilipollas eres.

Cat había soltado una carcajada pensando que su amigo iba demasiado borracho como para entender que ella solo quería que tocara alguna canción que le gustara y que se supiera, y punto.

—Toca alguna de Rubén con Pereza, solo por joder —apoyó Amanda a Cat. A ella le gustaban los dos, no entendía

tanta distinción de Nico, al que quizás ese último cubata le estaba sobrando.

—«Dímelo».

—¿Que te diga qué? —respondió un poco nerviosa Amanda, porque el dímelo se lo había dicho supercerca de ella, diez centímetros entre los labios de ambos eran la separación, y el corazón se le empezó a acelerar poco a poco. Nico empezó a cantar.

*Tengo personalidad adictiva
y tú eres mi sustancia preferida...*

Las seis o siete personas que estaban a su alrededor cantaron con ellos. Cat se dejó la voz que le quedaba en la canción, mientras se daba cuenta de cómo su amigo estaba cantándole a Amanda. No estaban cantando juntos, él se la estaba cantando a ella. Le estaba pareciendo una escena muy tierna y que los dos se merecían algo así. No sabía si se merecían el uno al otro, sobre todo su amigo que, aunque lo quería, era bastante cabra loca y Amanda era una chica muy centrada, pero por lo menos tenían derecho a una noche diferente y especial.

—Cuando te vi sabía que quería conocerte —le dijo Nico a Amanda, mientras se ponían una copa en la cocina de la casa. Se habían levantado y alejado un ratito por el jardín. Demasiadas horas en la misma postura no les sentaba bien a ninguno de los dos.

—¿Sí? ¿Por qué? ¿Qué te llamó la atención de este desastre andante que soy yo?

—No sé, no sé si me había pasado algo así antes. Pero esa sensación de que llega alguien y te dan ganas de saber, y más que eso es que te dan ganas de todo. Hace unas horas en el avión no tenía ganas de nada, estaba harto, de mi forma de vivir la vida, de mis compañeros de grupo, de mi ex... Y sé que la culpa no es de ellos tampoco, sino que la culpa la tengo yo en muchos de los casos.

—Mmm, creo que te entiendo. Como que estás un poco en un bucle complicado, en un círculo vicioso, ¿no? Y, al final, si todos pensamos esto es una mierda, esto es una mierda, va a acabar siendo todo una mierda.

—Sí, algo así, es que no sé. A veces me cuesto demasiado.

—La intensidad, si no no harías lo que haces.

—Supongo que tienes razón, pero si todo tiene que ser un desastre para que vaya algo bien, menuda mierda, ¿no?

—Pues sí, igual es que no sabemos estar bien cuando estamos bien. Viviendo y disfrutando de lo que tenemos y ya está, sin darle demasiadas vueltas a las cosas.

—Ese miedo de darle demasiadas vueltas a las cosas.

—Nico, el miedo es libre porque no se puede controlar. Puedes trabajar en ti, en que las cosas vayan bien, en tomar mejores o peores decisiones. Pero tener miedo o no tenerlo eso no lo puedes decidir. Lo tienes o no.

—Qué especial eres.

—¿Lo dices por follar? Porque sí es así, no va a pasar.

—Jajajaja. Lo digo porque lo siento, no sería una buena noche para ello. Después de todo lo que he bebido sería un desastre, y no quiero defraudarte tan pronto.

—¿Ya planeas defraudarme, entonces?

—Suelo hacerlo...

—Conmigo no suele pasar lo que pasa con el resto. No tengo ninguna expectativa.

La fiesta se acabó cuando los pocos que no se querían ir se quedaron a dormir por toda la villa, ya que ninguno estaba en condiciones de coger el coche, y como la casa era muy grande ya les habían dicho que no había problema ninguno en permanecer allí. Amanda y Nico se quedaron dormidos abrazados mientras charlaban en un sofá. No se habían besado, pero habían logrado una intimidad que muy pocas veces antes les había pasado. Desnudarse no solo es desnudarse físicamente, sino también emocionalmente. Y esa noche lo habían hecho, y se lo habían hecho el uno al otro. Enseñar tu fragilidad a alguien es lo más valiente que se puede hacer. No podían saber cuántos días iba a durar esa noche, pero se sentía como un principio.